

EL USO DEL EUSKERA EN SAN SEBASTIAN DURANTE EL SIGLO XIX

Por LUIS MURUGARREN

En lo que iba a ser San Sebastián se tuvo que comenzar a hablar inicialmente en euskera por la simple razón de la etnia de su primitiva población autóctona. Muy pronto, luego de que viera la luz real de Navarra, a finales del siglo XII, se comenzó a oír también el gascón en la antigua villa easonense, proveniente de los francos que acudieron a poblarla al arrullo de las franquías de su carta puebla. Y en cuanto —desde 1200— Guipúzcoa se unió a Castilla, se aceptó oficialmente el castellano como lengua prácticamente oficial.

Y así siguieron las cosas hasta bien entrado el siglo XVIII.

Incluso los irlandeses que habían buscado acogida entre nosotros por entonces enseñaron con tal naturalidad nuestro idioma a sus retoños que uno de ellos, el jesuita Domingo Meagher, a pesar de pertenecer a la austera Compañía de Jesús y de estar encamado, se despachó en euskera con una oda al vino que se hizo popular:

Ni naiz chit gauza gozoa
eta pozkide osoa
beltza naiz eta zuria,
illuna eta argia,
indarra det eta garboa
eta izena det ardoa.

* * *

Gizon bat ardo gabe
dago erdi illa,
marmar dabil tza tripak
ardoaren billa;
baña edan ezker
ardoa chit ongi,
gizonik txatarrenak
baliyo ditu bi.

Durante el siglo XIX —que es el que nos proponemos estudiar— coexistieron el euskera y el castellano. El primero mantenido por virtud natural de los componentes de su población y el segundo en fuerza de que no se podía hacer carrera oficial sin hablar el castellano, de que a nivel provincial —en sus Juntas— también se expresaban en el mismo idioma y, además, porque el euskera se fue relegando a servir sólo para el trato familiar e íntimo del hogar o del trabajo, como fue el caso de los balleneros que lo hablaban para cariñar en casa con los suyos y para pescar mejor en Terranova a bordo de chalupas de Labort o poner nombres vascos por aquellas costas.

Aunque en la Irutxulo del siglo XIX se había venido hablando también no poco francés desde hacía varios siglos, se agudizó su empleo merced a la larga estancia de las tropas napoleónicas y de sus adjuntos.

Por lo demás, la población donostiarra, cuando había tenido o tenía que zaherir a los metetes políticos forasteros de turno —españoles o franceses— acostumbraba de siempre a recurrir a hacerlo en euskera.

Bien es verdad que, en razón de lo pragmático, se venía igualmente aceptando que resultaba imprescindible aprender la escuela en castellano si se quería hacer carrera. Y ello venía de antiguo. Ya en el siglo XVI de Rentería, por ejemplo, acudieron cierto día los padres de los escolares del momento a su Ayuntamiento, quejándose de que el maestro no les hacía hablar en castellano. Pero como a Donostiya —como se acostumbró a denominar a nuestra ciudad durante el siglo pasado— continuaron fluyendo inmigrantes del resto de Guipúzcoa y de la parte vascofona de Navarra, el aporte euskérico continuó siendo el suficiente para garantizar que en la conversación popular y coloquial lo habitual fuera que se empleara el vascuence. Aparte de que —como recogiera el reverendo Ordóñez para el año 1761— se tuviera por costumbre predicar en euskera para beneficio de «la gente de los caseríos».

Ahora bien, sucedió que en el renacer de San Sebastián —tras su incendio y destrucción del 31 de agosto de 1813— participaron no pocos vecinos que resultaron ser muy amantes de la lengua y costumbres antiguas, a la par que espíritus cultivados, y ello vino a favorecer muy considerablemente el resurgir y hasta la consideración preferente del euskera popular.

Cuando quisieron reanudar la tradición de sus fiestas populares, organizaron —en 1817— una *Arzaigokia* o Comparsa de Pastores para la que José Vicente de Echeagaray escribió *bertsos alusivos*. Y, al año siguiente

te, el mismo volvió a escribir otras composiciones con aire de zortziko para otra comparsa de jardineros. Y así fue ocurriendo que en casi todas las comparsas que se sucedieron en los años siguientes solía haber algún zortziko, si es que el asunto o tema de ellas se prestaba al menos. Por ejemplo, los pastores de la Arcadia que participaron en la que salió el año 1819 cantaron en euskera las mejoras que ya empezaban a notarse en la ciudad destruída:

Lenagoko antzikan
ez dauka erriyak,
beste bat irudi du
orain Donostiyak:
Berriro moldaturik
eder, egokiyak
eche, kale, plaza ta
eleiz atariyak.

Adiskide maiteak,
au da Donostiya,
orain sei urteterdi
erretako erriya:
Polita zan lenago,
gaur ederregiya,
beti paregabea
ta maitagarriya (1).

Desde el año 1812, el oyarzuarra Ignacio Ramón Baroja, a pesar de contar tan sólo con quince años, pero con los muchos conocimientos del arte de imprimir que le enseñara su tío farmacéutico, había establecido en San Sebastián una imprenta-librería, en la que, andando el tiempo, se iba a organizar una tertulia muy importante para la causa del euskera. Otra tertulia esencial para el resurgir prestigioso del vascuence se formaría algo más tarde por el doctor Irastorza en su rebotica de la calle de Narrica.

En línea paralela, aunque en tesitura más popular y bullanguera, el ya citado poeta local José Vicente de Echegaray se dedicó a componer cuantas estrofas precisara el humor donostiarra para celebrar todo acontecimiento que se terciara desde 1817 a 1853, en que la muerte vino a truncar su gracejo koxkero.

(1) Respetaremos siempre la ortografía del momento de su publicación.

A éstos se sumó pronto la excelente preparación musical y el arte de enseñar del apodado «maisuba» donostiarra, José Juan Santesteban (1809-1884). Hijo de artesanos bien acomodados, había estudiado en los mejores centros musicales de Europa y sucedió como maestro de capilla de la parroquia matriz de Santa María y organista, en 1834, a don Pedro de Albéniz (2), al poco tiempo de que éste marchase a Madrid como profesor del conservatorio.

Mientras tanto, la ciudad había padecido un paréntesis de agitación bélica, en el que las armas no ofrecieron oportunidad a las artes ni a las letras. Fue el espacio de tiempo entre 1820 y 1827, en que realistas y constitucionalistas, con sus secuelas, apagaron el humor kaskariña de los donostiarras. Pero, por fin, con ocasión del Carnaval de 1827 volvió José Vicente de Echegaray a componer en euskera y castellano sus versos para comparsas de gitanos andaluces, de zapateros y de estudiantes de Salamanca. Bien es verdad que, según José Manterola, aquellos versos de Echegaray pudieron ser malos, pero resultaban «muy gráficos y pintorescos».

Santesteban, que fue un inspirado autor de música religiosa (con 16 años había escrito un Miserere con flautas para una comunidad de religiosas), cultivó también con notable éxito la música profana, participando con ella igualmente en todas las fiestas populares y dirigiendo incluso comparsas, cabalgatas y toda alegría popular, organizando al mismo tiempo conciertos, fundando sociedades filarmónicas, orquestas, bandas y hasta orfeones.

Resultaron notables y de gran éxito los zortzikos y aires vascos que compuso, como el «Zaldi zuriari» con letra de Bilinch, el «Ume eder bat» con la de Iparragirre y hasta la música original y acertada que escribió para «el Entierro de la Sardina». Su colección de zortzikos tuvo el mérito además de resucitar y salvar antiguas melodías vascas. Sin duda resultó Santesteban el providencial músico que acertó a componer para los poetas vascos en su época.

Y permítasenos, llegados a este momento, una digresión.

Del romanticismo estaba casi ya para nacer el nacionalismo. Euskalerria, que pronto iba a perder lo último que le quedaba de sus antiguos fueros, San Sebastián, que hacía poco había sufrido con fuego, muerte y violación las resultas de las pugnas políticas de franceses,

(2) Juntamente con Juan Ignacio de Izueta había publicado la primera colección de música vasca con cantos tradicionales: «Uskaldun antziña antziñako. soñu gogoangarri eta itz neurtuak».

ingleses, portugueses y españoles, aparecían a la sazón como el escenario palpitante de vida y, por consiguiente, muy apto para incubar con entrañable afecto toda veneración por la lengua y tradiciones sólo suyas, como acababan de experimentarlo los griegos frente a los turcos y lo sentían polacos e irlandeses. El desencanto triste de los atropellos sufridos y por sufrir debió de fomentar, como en otros pueblos, que el donostiarra de la segunda mitad del siglo XIX buscara el consuelo de un encierro en sí mismo y de la nostalgia hacia lo más suyo como su idioma y su música. Por ello creemos que fruto de tal situación anímica fue el renacimiento y cultivo entre nuestros mayores del euskera y de la música vasca, recuperando los aires tradicionales y exaltando lo folklórico, popular y hasta lo pintoresco.

Pero el Ayuntamiento de San Sebastián no se hallaba en la década de los años veinte para dedicar mucho de su empeño a la cultura. Su cuidado a la enseñanza oficial, es decir a la que se impartía en castellano, puede quedar reflejado en este informe del año 1820. Sólo contaba con dos escuelas para la enseñanza de las primeras letras, cuyo objeto era: «leer, escribir, contar y doctrina cristiana»; aunque, bien es verdad que afortunadamente y para atender a los *mukizus* de los caseríos había una tercera escuela. «Hay una pública de primeras letras —decía el informe municipal— en el convento de San Francisco, muy útil para los jóvenes de los caseríos, que concurren en número y aprovechan». Era aquella una escuela que regentaba un franciscano, sin asignación oficial, pero que ya llevaba tres años de existencia.

Ante tal actitud municipal, la tertulia constitucionalista de los de La Balandra se esforzó el mismo año por exigir y hasta llegó a proponer un nuevo plan de enseñanza, aunque con poco éxito, al parecer; pues, al cabo de pocos años, los dos únicos maestros que seguía habiendo en primeras letras se quejaron al Ayuntamiento por «la pequeñez e insuficiencia de las piezas que actualmente sirven de escuela» y rogaban que se les permitiera volver «al anterior local, que servía en el edificio de la cárcel».

A los dos meses de que fuera formulada esta queja, acudió el peculiar Fernando VII con su esposa Amalia. Seguía siendo alcalde de San Sebastián desde 1821 Joaquín Luis Bermingham. Para aquella ocasión, nuestro diputado a Cortes había creído oportuno recomendarnos a los donostiarras: «deben ustedes agenciar tamborileros, los mejores, muchas danzas y algarabía, continuos vivas a Sus Majestades; a Iztueta que forme sus bailes, pero no con niños, sino de chicos de bastante cuerpo; que corran por las calles dulzaineros, alboqueros y todo género de música, que esto es lo que el rey apetece por carácter».

Y, efectivamente, el Ayuntamiento y Consulado de San Sebastián prepararon para Sus Majestades tres bailes de salón, «comparsas de jóvenes de 16 a 18 años» que bailaron la *espatadantza*, otra de pastores de la Arcadia y hasta una carroza de «guapos y bellezas», precedidos por una banda y un coro que ejecutaron un himno compuesto por el maestro Albéniz en honor de los reyes.

El rey «Berenjena» se limitó a cambio a colocar la primera piedra de la casa consistorial que Silvestre Pérez se disponía a levantar. Y, después de aquella ceremonia real, el coro cantó lo que José Vicente de Echegaray había escrito para aquel momento tan solemne:

Gure errege Fernandok,
gaur egun aundiya
uarri du Konsejuko
lenbiziko arriya:
Zorionez bete da
erre zan erriya
biotzetan zenti da
zorian aundiya.

Continuó Echegaray componiendo en el euskera que se hablaba en San Sebastián tantas estrofas como precisaran fiestas y comparsas. Por ejemplo, en la Comparsa de los Oficios, que desfiló en 1830, cantaron esta estrofa entre otras:

Beti bakean, beti naikeran
Donostiako jendia
nola egunean ala gabean
atsegin da ekustia:
Iñauteriyen ez da ezagun
nor dan zarra, zeñ gaztea,
giza-semea, emakumea,
aberats edo pobrea.

Y en 1832, para otra comparsa semejante, compuso la muy celebrada:

Festarik bear bada
bego Donostia,
betiko du fama
ondo merezia:

Bestetan ez bezela
emen gazteria
amaren sabeletik
dator ikasia.

Donostiarrak dute
aukera doaia
urtero asmatzeko
festa bat berria:
Beren moduchoa da
gutziz egokia,
zer nai gauzetarako
arkitzen du gaya.

Mas, como si la política tuviera celos del espíritu que vivifica a las letras y al arte, nuevamente la guerra —esta vez civil, entre donostiarras liberales y la inmensa mayoría carlista de la provincia— impuso un nuevo paréntesis de seriedad y de muerte con la primera Carlistada. Quedaron silenciosos en los anaqueles o facistoles de las parroquias los «Eguerrietako kantat» que había compuesto en 1830 «on Pedro Albeniz jaunak».

Pero hasta en la guerra civil aquella se trataron en euskera ambos bandos. Unos, los liberales —a quienes se apodaba también los «bel-tzak»— eran denominados «los *txapelgorris*» y ellos llamaban a los carlistas «los *txapeltxuris*».

Y cuando amaneció la paz —aunque no definitiva—, la reina, su madre y su hermana Luisa Fernanda (3) tuvieron el buen gusto de acudir a San Sebastián y, como a la infanta le dio el antojo de asistir a un concierto, la Sociedad Filarmónica se la dedicó, incluyendo en el programa un zortziko con letra, cómo no, de Echegaray. Era el mes de agosto de 1845 y le cantaron lo siguiente a la infanta Luisa Fernanda:

Jayo ziñan ordutik
Luisa Fernanda,
amairu urte terdi
orain arte joan da:

(3) Casó con el duque de Montpensier y entre sus hijos destacó la futura reina María de las Mercedes, por casarse con Alfonso XII.

Eta gaur Donostia
lengua bera da,
ziñez, biotz osotik
beti zurea da.

Infanta gaztechea
Españiako,
Isabelen aizpacho,
biotz gurekoa:
Erregeren alaba
zorionekoa,
ar ezazu oroitze
Donostiakoa.

Salve, Luisa, salve
Infanta maitea,
erregiñaren aizpa
bakarcho gaztea:
Lore gain gañekoa
bediñik gabea,
aingeru ezti eder
naikeraz betea.

Como testimonio de que en la Donostia o Irutxulo de la primera mitad del siglo XIX no se dejó de hablar generalmente en vascuence, y ello además por todas las clases sociales, puede servir el hecho de que se escribieran en ese idioma muchas de las estrofas que se siguieron cantando durante las fiestas de la década de los cuarenta. El omnipresente José Vicente compuso incluso unos zortzikos en euskera para unas «corridas de torete de muerte», que tuvieron lugar en 1848 y en la Plaza de la Constitución, que había organizado la sociedad La Tertulia, en la que todo corrió a base de aficionados *errikosemes*, menos los toretes que eran navarros. El epígrafe que tituló aquella colección de zortzikos decía: «Iltzeko zezenak. Donostiako plaza berrian, zalduniote eta azken iñautez 1848garren urtean».

Murió José Vicente de Echegaray sin dejar sucesor de inspiración popular *koxkera*; de modo que desde los años cincuenta el humor y deseo de holgar donostiarras comenzaron a sentir la necesidad de llenar aquel vacío.

Bien es cierto que no tuvo nada que ver —porque se trataba de enseñar la lengua castellana—; pero al menos suena bien que, por fin,

alguien se preocupara de que también las niñas, y además en esta ocasión las «pobres y huérfanas», tuvieran una escuela y para ello don Antonio Fastet dejó un legado de 150.000 reales.

Aunque desapareciera Echegaray, quedaba en San Sebastián la inspiración exquisita de un notable poeta, la de Indalecio Bizcarrondo, más conocido por el mote de *Bilinch* (1831-1876). Este fue un verdadero poeta lírico, romántico y satírico en lengua vasca. Su cultura fue escasa, se ganó la vida como ebanista y acabó como conserje del Teatro Principal, en donde vivió y murió víctima de la guerra carlista. A pesar de no ser un bersolari nato, cierto miércoles de Ceniza —de 1859 ó 1861— coincidió con Campaña, sacristán de San Vicente y popular versificador, en casa de Arsuaga, en el paseo de Atocha, dando cuenta de la tradicional merienda que en tal fecha se solía hacer a base de los mariscos de casa, es decir de lampernas y lapas. Uno enjuto y desgraciado en su físico. El otro obeso, que se dormía tieso y tocaba el bombardino. Su duelo entre la agudeza de los *bertsos* y el rodar de las karrakelas resultó un acontecimiento que se recordó por mucho tiempo.

Por 1862 comenzó a publicar José Antonio Santesteban, hijo del «maisuba» y sucesor suyo como maestro de capilla de Santa María, los 69 números de los «Aires populares bascongados», colección que merecería en 1876 el premio de la Exposición de Viena.

Y llegó el año 1864, que, como es sabido, fue cuando se recibió la Real Orden que permitía el derribo ansiado de las murallas de la vieja Donostia. Pues bien, cuando el prócer donostiarra —el duque de Mandas—, que había sido el gran gestor de aquella orden, concluyó su discurso de bienvenida a la reina Isabel II y al emperador Napoleón III, que nos visitaron por entonces, les soltó: «Gora gure Donosti maite maitagarriya!!!». Y la verdad es que, aunque ni la reina de los españoles ni el emperador de los franceses se enteraron de lo que había querido decir, el pueblo donostiarra —sus convecinos— vibraron seguramente de entusiasmo. Nos parece que en la koxkera Irutxulo del siglo pasado todas sus clases sociales sentían más unánimemente y mejor en euskera.

Cuando Isabel II volvió a visitar nuestra ciudad en 1866, el viejo «maisuba» reunió cuatro bandas y cinco charangas, con un total de 309 instrumentistas, y ofreció un muy variado concierto a la reina, con piezas como un pasadoble suyo, el zortziko «Iru damatxo» y el Gerrikako arbola.

Por otra parte nos consta que, al menos para aquellas fechas —es decir por noviembre de 1868— la comisión cultural del Ayuntamiento de San Sebastián atendió ya a la realidad de que la vecindad de la ciudad era bilingüe. Así, en una sesión del Concejo se dio cuenta de un proyecto que la Comisión de Enseñanza había presentado para atender a la instrucción de adultos mediante la creación de dos escuelas, con clases nocturnas de hora y media, en las que, si se iba a enseñar «lectura, escritura, castellano, moral, aritmética y nociones de geometría con aplicación a las artes», cuando se pasó a detallar lo relativo a la enseñanza del castellano, se advirtió con sensibilidad acerca de la programación que convenía tener presente «la traducción de sustantivos y adjetivos del vascuence al castellano, declinaciones de sustantivos y adjetivos en vascuence y su correspondencia en castellano, conjugación práctica en vascuence y su traducción al castellano, traducción de frases vascongadas, traducción al castellano de lo que se lea o diga en vascuence y viceversa».

Aquellos proyectos fueron aprobados y confiados a tres maestros, de uno de los cuales —don Félix Aguirre— «posee, se dijo, un sistema especial de enseñanza, mediante el cual se consiguen rápidos progresos».

Cabría deducir —además de lo apuntado— que a partir de los finales de los años sesenta debió de iniciarse en el Ayuntamiento easonense la consideración a la realidad vascoparlante y, por consiguiente, bien pudo tener entonces comienzo cierto empeño de facilitar la enseñanza del idioma castellano a partir del vascuence y a la inversa.

Así, en el acta concejil del 10 de julio de 1872, al exponer lo que era preciso para el menaje de las escuelas municipales, luego de citar «un mapa de la Provincia de Guipúzcoa, de Coello», además de los de España, Europa y el mapamundi, se apunta como necesario para los alumnos del grado elemental dos ejemplares del «cuadro de declinaciones y conjugaciones para la traducción del vascuence al castellano» según el método dispuesto por Eguren. De cómo aprendían el euskera quienes quisieran o si lo pedían no hemos hallado confirmación alguna. Por entonces figuraba Gertrudis Catalán como la maestra de niñas y María Leturia como su auxiliar, mientras que Lucas Subijana era el de los párvulos.

De todos modos se vivían por entonces momentos políticamente difíciles. El duque de Aosta había venido a reinar en España como don Amadeo, llamado por los políticos del momento, luego del destronamiento de Isabel II. Bien es verdad que, si pudo esperarse que causara tal monarca buena impresión entre las donostiarras al menos por su

esbeltez, corrección de facciones, ojos negros, pelo rizado, gruesos labios y barba cerrada, además de por sus 27 años; sin embargo, cuando a primeros de agosto de aquel 1872 cayó por la Bella Easo, el pueblo le cantó:

Si, moñoñita, si.
 Emen degu ikusi
 errege Amadeo etorrita
 apaisak igesi...

Es que resultó que acudió a una Salve en Santa María y de todo el cabildo de las dos parroquias unidas sólo le asistieron el párroco, dos coadjutores, dos capellanes castrenses y el sacristán.

Y los posibles buenos comienzos en la atención o consideración de los munícipes hacia el euskera se vieron truncados por la reanudación de la Guerra Carlista. Y, aunque al comienzo de ella el Ayuntamiento pensó que incluso el veraneo no se vería interrumpido y hasta se preocupó de exigir en la subasta del Teatro Principal que las compañías que vinieran fueran «dignas de esta alta población»; sin embargo, desde el 24 de mayo de 1874 cinco mil carlistas se adueñaron de Oriamendi y el 13 de junio una compañía de voluntarios liberales se apoderó de la Casa Consistorial al grito de «¡Abajo el Ayuntamiento!».

A partir del 28 de setiembre del año siguiente, tras la retirada liberal del monte Txoritokieta, se estrechó el cerco carlista a la ciudad y comenzó el bombardeo constante de ella desde Venta Zikiñ, en Arratzain. En aquellos momentos, dos músicos donostiarras entregaron sendos ejemplares del zortziko que acababan de componer y que tenía por título «Unos y libres».

Pero con el 16 de febrero de 1876 concluyó el bloqueo, aunque unos días antes, precisamente cuando los vecinos de San Sebastián se disponían a festejar a su santo patrón, la última granada carlista mató en su casa al poeta de la ciudad, al querido Bilinch.

Mas la causa del euskera en Donostia era imparable. En el acta de la sesión del 8 de agosto de 1877 consta ya que se aprobaba con normalidad la compra por parte del Ayuntamiento de «varias obritas en vascuence» para la Biblioteca Municipal. Marcelino Soroa (4) estaba

(4) Aunque había cursado Derecho, en Valladolid, nunca ejerció aquella especialidad, sino que primeramente montó un gimnasio en San Sebastián, juntamente con su amigo Peña, y mereció luego ser nombrado director del gimnasio municipal,

ya componiendo piezas escénicas en euskera y el 12 de mayo de 1878 estrenaba la primera de ellas en el teatro municipal, se titulaba «Iriyarena». Aquel estreno representó la primera ocasión en que se hablaba euskera en un escenario. El éxito fue notable.

Ocurrió también que, por entonces, la clase joven, culta y elegante había abrazado con entusiasmo la causa del idioma vasco y de las costumbres del país. Don Sebastián José de Irastorza Olasagasti (5), uno de ellos, resultó elegido teniente de alcalde desde 1879 a 1883 y se consagró de lleno al fomento de la cultura vasca. Para ello comenzó por tratar de ganar también para la misma causa al elemento popular y eligió para atraerlo y movilizarlo el instrumento que desde siempre había resultado el más adecuado, «la representación más típica del estro popular —al decir de Manterola— el bersolari». Y, de esta manera, los de la tertulia de su rebotica y los de la imprenta Baroja, juntamente con el resto de *errikosemes* amantes de la misma causa organizaron un atardecer un certamen entre dos bersolaris o «Bersolari guda» desde sendos balcones de la silenciosa calle de Juan de Bilbao (6). Silenciosa hasta entonces; pues, sin casi ser anunciado el acto, atrajo al punto una notable concurrencia. Fue tal éxito que ya hubo que repetirlo en adelante cada año, manteniéndose invariable el ideal inicial, como puede apreciarse en la estrofa que se premió un año:

Euskera erakusten
zayatu gaitian
aurrari gurasuak
gau t'egun echian,
danak jakin dezaten
azten diranian,
lotzarik artu gabe
iñork galdetzian.

En apoyo de aquel ideal, el vehemente José Manterola (1849-1884) (7), quien ya brillaba como colaborador del periódico «El Diario de San Sebastián» y como escritor del Cancionero Vasco (1877), fundó la re-

en el que creó un cuadro escénico con la élite de la juventud elegante y kaskariña. Vino a ser el creador del teatro euskérico y un articulista celebrado por su sátira.

(5) Nacido en 1834, vivía en Narrica 23, 1.º.

(6) José Manterola vivía en el n.º 15, 3.º de aquella calle.

(7) Fue director de la Biblioteca Municipal y catedrático auxiliar del Instituto Provincial. Su biblioteca particular, que compró Julio de Urquijo, se conserva en la Biblioteca de la Diputación de Guipúzcoa.

vista Euskal-Erria. Y todos los concurrentes de las tertulias de la ciudad acabaron por ver la necesidad de crear una entidad estable que cristalizara en sí todas aquellas incipientes iniciativas suyas en favor de la conservación de las tradiciones, de las costumbres y sobre todo del idioma. Se podría pensar en que fuera una respuesta a la abolición de los fueros por parte del gobierno central.

Por fin, reuniéndose algunos de ellos en un salón del Teatro Principal, por la mañana del 11 de mayo de 1882, acordaron constituir el Consistorio de Juegos Florales Euskaros, que quedó fundado el 2 de julio.

Incluso el Ayuntamiento, cuando por noviembre de 1882 tomó el acuerdo de trasladar los restos contenidos en el cementerio clausurado de San Bartolomé, tuvo la sensibilidad de buscar en la fosa común los de «Bilinch» y ordenó luego erigirle un panteón, aunque «modesto», en el nuevo camposanto de Polloe. El tampoco hubiera querido más.

En aquel ambiente de fervor localista, en el que música y literatura compartían su inspiración por enaltecer a su entrañable Irutxulo (8) y a todo el solar vasco de sus mayores, el inspirado compositor de muchos temas donostiarras, Raimundo Sarriegui, acertó a componer la celeberrima Marcha de San Sebastián, que desde el primer momento agradó a todos. Su partitura resultó tan aplaudida que el periódico «La Semana» se apresuró a ofrecer «un pensamiento de plata» para el poeta que presentara una letra más acertada para aquella marcha y en la ocasión de los próximos Juegos Florales. Y aún seguimos esperándola y continuamos los donostiarras tarareando emocionadamente nuestra marcha como niños, pero sin poder cantar su letra, ya que ni las tres que se presentaron entonces y en euskera lo merecieron, ni tampoco la que Seraffín Baroja publicó después en «El Urumea» con lo de «Bagera! Gure bai!».

La historia de San Sebastián, compuesta oportunamente por José Antonio del Camino antes de que fuera incendiado nuestro archivo municipal por los anglo-portugueses, las costumbres y aires *koxkeros* recuperados y popularizados por los poetas Echegaray y Bizcarrondo y las notas de los Santesteban, Albéniz y Sarriegui, movidos todos por el fermento culto de los donostiarras de las tertulias y de los Juegos Florales y apoyados por la aceptación popular del resto del vecindario *errikoseme*, fueron los elementos beneméritos —a nuestro modesto pa-

(8) Se la denominó así por las tres entradas con las que el mar se ha mezclado desde siempre con la ciudad.

recer— que en aquel Donostiya del último tercio del siglo XIX protagonizaron, mantuvieron y consiguieron legarnos el amor, respeto y fomento de lo que había sido nuestra tradición, nuestra historia y nuestra lengua.

No fue todo esto ni aquella Donostiya un capricho ocurrente ni una rara excepción afortunada en el movimiento cultural de aquella época europea. El nacionalismo empezaba a bullir en los espíritus de muchos otros pueblos hasta el punto de que algunos de ellos —y precisamente en aquella época de los inicios de los setenta— iniciaron su lucha de liberación nacional, como los polacos, los búlgaros, los irlandeses, etc. Para que aquel movimiento nuestro, donostiarrá, aún pre-nacionalista, fuera más semejante al alemán contemporáneo de aquellos tiempos sólo tuvo la falta de un literato soñador de viejas leyendas easonenses. Por lo demás, y especialmente a partir de 1870, convinieron la mayor parte de los donostiarras en preferir y exaltar lo que siempre habían tenido por propio y lo hicieron por medio de la música, el folklore y la literatura vasca. Tuvieron que pasar algunos años más para que sobre esta base fraguara fácilmente una ideología política, como también iba a ocurrir en otras naciones y en otras nacionalidades de España.

(Continuará con: «El nacimiento de las *ikastetxeak* de antes de la Guerra»).